

Treinta y dos centímetros

Era un día Lunes siete de Noviembre, hace poco más de cuatro años. Era mi primer año de secundaria en un colegio nuevo, si bien, ya tenía unos cuantos amigos, no podría considerarme una persona popular. Pero ese segundo lunes de noviembre la historia fue diferente, resulta ser que en mi nuevo colegio una vez al año hacen una feria, o festín a los niños y niñas con cáncer de nuestra ciudad. Y yo, que siempre he sido una persona muy amigable con los pequeños, estaba emocionado en poder jugar y platicar con ellos. Al final, no hay nadie más valiente que un niño que lucha por su vida.

A las cuatro de la tarde llegaron los chiquillos a las instalaciones, todos nos sentamos a comer. No recuerdo lo que comimos, pues estábamos terminando de organizar los últimos detalles de los juegos y actividades, pero a mí me tocó cuidar de un pequeño grupo de niños, todos ellos con ocho años, pero hablando de cualquier tema posible. Los chiquillos y yo conectamos de una forma única al hablar de los mismos temas y acompañarlos durante todo el día. Una hora antes de que cerraran los juegos y fuera momento de despedir a los recién llegados, me senté a platicar con mi pequeño grupo -pues todos estaban ya cansados-. Durante la conversación, una niña llamada María se me quedó viendo, cuando me percaté disimuló un poco, pero después de unos segundos de silencio me dijo: “Qué bonito pelo tienes”.

En ese momento sentí que se rompió un pedazo de mi corazón. Lancé una discreta mirada al lugar donde María debería tener una hermosa cabellera, y en su lugar tenía un pañuelo para ocultar la falta de presencia. Casi me echo a llorar, pues en ese momento me dí cuenta de lo egoísta que he sido toda mi vida, y decidí cambiar mi forma de ser. Me paré del lugar en el que estaba sentado y le hice una seña a María para que me siguiera. Después de una ligera caminata llegamos a una carpa donde se encontraban los chicos de último grado cortando el pelo a los donadores. A la derecha había un letrero que decía que el donante debe de tener un mínimo de veinte centímetros para donar su cabello. Miré a María, y le dije “espero que sí cumpla los requisitos”, ella me miró sorprendida. Me senté en la silla, y uno de los chicos con una regla y unas tijeras me dijo que mi pelo medía treinta y dos centímetros largo, pero después de un rápido proceso pasarían a ser tan solo doce centímetros o menos.

Cuando recibí el bonche de pelo que me habían cortado lo agarré fuertemente. Caminé hacia María y le regalé aquella parte de mi cuerpo que me ha acompañado por varios años. Me sonrió con la más hermosa sonrisa que he visto en toda mi vida y mientras me abrazaba fuertemente me dijo “muchas gracias”.

No volví a ver a María desde ese día, sin embargo, gracias a ella cada año en noviembre voy a donar el pelo a los niños y niñas que luchan día a día, y si bien aún no me acostumbro a dejar una parte sagrada de mí, nada me llena más que saber que estoy haciendo a alguien mucho más feliz de lo que yo me podría imaginar.

Pan Sebastián